

confianza y cariño, ni á quien comunicar mis penas y pedir consuelo! No tenia mas que á vd. á quien abrirle mi corazon y en quien depositar mis mas íntimos secretos... ¡Me era tan dulce esto! Pero ¡era justo, era racional que por encontrar consuelo á mis desdichas, llevase el dolor y la pena al pecho del mas bueno y generoso de los hombres? No.... no: conozco que he traspasado los limites de lo conveniente; y á la vez que imploro indulgencia para el pasado, prometo ser menos molesta en lo venidero.

—¡Molesta....!—exclamó Félix estrechando la mano de la jóven con profundo cariño:—¡Puede inferirnos molestia alguna jamas la persona que amamos....? ¡Puede ser molesta la amiga para el amigo, la hermana para el hermano, la amante para el amante....? ¡No son á caso comunes sus placeres lo mismo que sus penas....? ¡O no le merezco á vd. ya el cariño con que hasta hoy me ha favorecido....! ¡No. Soledad, no me retire vd. su confianza....! ¡Con su reserva me haria vd. creer que le era indiferente.... que me aborrecia....! y su in-

diferencia ó su aborrecimiento me harian muy desgraciado....!

—¡Bien; seré tan sincera y comunicativa como hasta aquí, puesto que vd. lo desea. Y, la verdad, ¡me es tan necesario tener una persona á quien abrirle mi corazon.... á quien contar cuanto hago, cuanto siento y cuanto pienso....!

Y Soledad dejó abandonada su blanca y preciosa mano en las de Félix, con una expresion de confianza cariñosa que conmovió el generoso corazon del jóven; fijó en él sus grandes y bellos ojos con expresion indefinible, enviándole en una mirada celestial esa dulce ternura que embelesa, ese hechicero cariño que embriaga, esa mezcla de compasion y de reconocimiento que narcotiza el alma y la sumerge en un océano de fantásticas delicias....!

La jóven estaba seductora y hechicera como el númen de la esperanza.

Un rayo de luna bañaba el angélico semblante de la hermosa, comunicándole con su misteriosa luz ese espiritualismo, esa

vaporosidad que realiza los miríficos seres de nuestros amorosos ensueños.

Félix la miraba extasiado, adormecido de placer: tenia entre sus manos la suave y torneada de la jóven.... sentia que una corriente eléctrica introduciéndose por sus poros llevaba á su corazon el dulce fuego de un sentimiento triste y grato á la vez... contemplaba la seductora y melancólica sonrisa que vagaba en los virginales labios de aquel ángel, que no apartaba de él sus divinos ojos revelándole su intensa gratitud... escuchaba en silencio la dulce respiracion que elevaba suavemente el turgente y elevado seno de la vírgen.... sentia el embriagador encanto de su balsámico aliento, y al aspirarlo lleno de ansiedad y de ventura, bebió en un momento todo un siglo de inefable felicidad....!

—¡Ah....! ¡soy el mas venturoso de los hombres....!—exclamó Félix con blando y desmayado acento para descargar su pecho del exceso de felicidad que le embargaba.— ¡Tambien la amistad tiene sus placeres como el amor....! ¡Sí, ahora lo conozco, y

sus delicias no las cambiaria por todos los tesoros de la tierra....! El amor es la esencia divina, el soplo creador, dulce y grato por su celestial origen, pero que envuelve tambien terribles penas, amarguras y sinsabores, como envuelve todo lo que toca el hombre: es una bellissima sirena que seduce hiriendo, que halaga martirizando los mas preciosos años de la vida.... un génio que inicia al alma en los goces angélicos de la eternidad, y le hace conocer de repente los inferos tormentos de los réprobos... un delicioso oasis en el valle de lágrimas que cruzamos, y un borrascoso océano en que el hombre lucha entre el temor y la esperanza.... entre el mundo y el cielo.... entre la vida y la muerte....! ¡Sí, este es el amor, mientras que la tierna amistad es la fuente mansa y perenne que refresca la existencia; el fanal inmutable que alumbra sin abrasar; el sentimiento mas desinteresado y noble del alma que la inunda de delicias en todos los instantes y en todas las circunstancias de la vida....!

—¡Ah! sí; y esos inefables goces que pro-

porciona una amistad sincera, los he probado yo superabundantemente. Los martirios originados por el sentimiento del amor... la amarga hiel de la ingratitud vertida en el alma por el hombre que idolatro, han encontrado su consolador alivio, su precioso bálsamo y su benéfica medicina, en la cordial y desinteresada amistad de vd.

—¡Y ojalá pudiera con ella devolverle á vd., tierno y rendido, al sér que vive en vuestro corazon.

—Gracias.

—Pero ignoro quién es, y dónde vive, y es imposible que pueda descubrir la causa del cambio que vd. teme.

—¡Y yo tambien ignoro la calle y casa en que habita!

Dijo con profundo dolor la hermosa Soledad.

—Pero vd. me ha dicho que le ha visto otra vez despues del dia que la vino siguiendo.

—Sí, D. Félix.

—¡Y cuándo?

—Esta mañana al venir en coche hácia casa.

—¿Dónde?

—¿En la calle de Plateros?

—¿En algun balcon?

—No, al cruzar la esquina de la calle de la Palma.

—¿Y vió á vd?

—Me vió, y me saludó con atencion y política, poniéndose pálido como la muerte. Pero no volvamos á tocar este punto que le entristece á vd., por la misma razon que toma parte activa en cuanto me pertenece:—añadió viendo que el semblante de Félix estaba velado por una sombra melancólica, y haciendo un esfuerzo para sonreirse.—Hablemos de música, de cosas alegres, puesto que vamos á concurrir á un concierto.

—Donde lucirá, vd. su linda voz y su inimitable estilo.

Dijo Félix con afable franqueza.

—Hago todo lo posible por no desagradar á las personas que se dignan escucharme.

—¡Desagradar! Vd. hace sentir á todos, los afectos que se propone expresar: no hay nadie que escuche indiferente la dulce melodía de su canto, y los aplausos que resuenan siempre al concluir la pieza, son la prueba inequívoca del placer con que ha sido vd. escuchada.

—Aplausos de sociedad, de mera galantería.

—¡Ah! no; aplausos espontáneos arrancados por el mérito. No hay uno solo de los concurrentes que pronuncie la mas leve palabra cuando vd. canta: nadie quiere perder ni un compás, ni una nota, particularmente D. Felipe mi principal que, conteniendo la respiracion y olvidado de cuanto le rodea, solo tiene ojos para fijarlos en vd. y oídos para escucharla.

—¡Don Felipe...! ¡Ah...! D. Felipe solo encuentra rival, en generosidad, con vd., D. Félix! ¡Cuánto le debo! ¡Con qué atento esmero cuida de que nada me falte! Mi *tocador* es una pieza digna de una reina, en donde ha tenido particular empeño de que

se encuentre cuanto la mas presumida mujer pueda desear para realzar sus gracias. Yo no soy una extraña para él; soy una hermana.... soy una hija....!

El ruido de un coche que rodó en el patio se escuchó en aquel momento.

—El carruaje está dispuesto; ya es hora de marchar.

Dijo Félix sacando un hermoso reloj ingles de oro de dos tapas.

Soledad se levantó de su asiento y le dijo:

—Tenga vd. la bondad de esperarme un momento: voy á mi tocador para echarme la esencia favorita de D. Felipe: si me busca, dígnese vd. decirle que no me tardo.

—Está muy bien.

Y Soledad, gentil y esbelta, como un blanco cisne de Inglaterra, tocando apenas con su breve planta el alfombrado pavimento, abrió con su delicada mano una puerta vidriera, y desapareció como una angélica vision.

La pieza á que habia entrado era su precioso *tocador* ricamente alfombrado, ilumi-

nado en aquel instante por una luciente araña de finísimo cristal, que pendía de un vistoso cielo raso; recinto que nadie profanaba con su planta á no mediar un aviso y un consentimiento.

La forma de éste, por decirlo así, consejero y confidente del *buen tono*, era de figura oval, al estilo de los tocadores de las distinguidas damas inglesas, con cuatro espejos de cuerpo entero que se elevaban desde el piso, colocados, uno en el frente, otro á cada lado, y el cuarto á la espalda, sirviendo este último de puerta al *tocador*, la cual, al cerrarse, no dejaba señal ninguna de comunicacion, quedando todo en perfecta simetría y reproduciendo á la persona que entraba, por todos lados á la vez.

Los otros tres espejos, que á los lados y al frente se encontraban, eran tambien otras tantas puertas de finísimos guardaropas de caoba, dentro de los cuales habia un número considerable de astas de olorosa madera, en forma de cruz, pendientes de lo alto, cuyo objeto era sostener los vestidos por las mangas que se veian introducidas por am-

bos lados en el palo que formaba la cruz, para que los trages no adquiriesen pliegue ni arruga alguna, y que la tela conservase su tersura, su belleza y brillantez.

A cada uno de los lados de los espejos, y colocadas simétricamente, se levantaba una columna de mármol blanco con una bellísima estatua mitológica encima.

En una de ellas se veia á la Amistad, doncella jóven y hermosa, tal como la adoraban los romanos, vestida de blanco, descubierto el pecho, ornada la sien de una corona tejida de mirto y flor de granado, con el corazon visible, y en él, estas palabras: "*De cerca como de lejos:*" estas otras, en la espaciosa frente: "*en invierno y en verano,*" y en la franja de la túnica, esta leyenda: "*en la vida y en la muerte.*" En el lado opuesto se veia á la Fidelidad, en forma de una mujer jóven y cándida, vestida de blanco, con un corazon en la mano derecha, una nave en la izquierda y á sus piés un perro, símbolo de la fidelidad: ocupando los demas espacios se descubria á la Piedad, á la Prudencia, al Pudor, jóven hermo-

sa, de modesto ademan y porte decoroso, cubierta siempre con un velo: á la Honestidad, á la Virtud, y á las Tres Gracias, grupo bellissimo de tres hechiceras jóvenes, con el cabello suelto, la cintura estrecha, las formas vírgenes, pequeñas las bocas, enlazadas las manos, con un espejo en la mano y un ramo de mirto y rosas en la otra.

A la izquierda, entre el espejo que forma la puerta de entrada y la columna, ostentábase un bellissimo aparador cerrado con limpios vidrios, que tenian los colores del cielo raso. Este lindo aparador, que era de una hechura exquisita, se llamaba el *Nicho de Venus*, por estar destinado á guardar todo lo que contribuye á realzar los atractivos de la belleza. Estaba dividido en varios anaqueles, en uno de los cuales se veian en brillantes pomitos de cristal, las aguas de Lavanda, de Colonia, de la Reina y de la Emperatriz: en otro los vinagres aromáticos; en el tercero las pomadas mas exquisitas, las opiatas y los elixires y remedios para los ojos, el pelo, las cejas, el cútis, los dientes, los labios, el aliento, y suficiente

cantidad de pasta de almendras amargas para lavarse frecuentemente las manos y el cuello.

En otra de las distribuciones, estaban los aceites y esencias de mas mérito; y por último, todos aquellos objetos de poco valor, pero indispensables y de mucha estima para el bello sexo, como son algodones, horquillas, alfileres, y otra porcion de menudencias, colocadas todas en distintas cajitas de bruñido y dorado cristal.

A la derecha del mismo espejo, entre éste y la columna inmediata, se admiraba un pequeño, pero gracioso estante, adornado tambien con vidrios de colores, y conteniendo varias obras perfectamente empastadas en exquisito tafíete y con adornos dorados.

La mayor parte de estos elegantes libros, eran preciosos tratados de urbanidad: deberes del bello sexo en todos los estados de la vida: consejos para mantener las preeminencias é ilusiones de la juventud: cuentos y poesías amorosas: novelas tiernas y sentimentales, y algunas otras producciones del

mismo género, entretenidas y morales, que disponian el ánimo al aseo y á la afabilidad.

Encima de cada uno de los espejos, y sobre una cinta de raso blanco, con letras grandes doradas, extendida graciosamente, se veia un dístico alusivo al uso á que estaba destinado aquel voluptuoso recinto.

El del frente decia:

De la virtud y hermosura  
cuide fiel la criatura.

El de la derecha contenia este pensamiento:

La mas limpia y agraciada  
siempre es la mas obsequiada.

El de la izquierda:

Quien el aseo no olvida,  
alarga salud y vida.

Y el último:

Al cuerpo es la pulcritud,  
lo que al alma la salud.

En medio de este encantador recinto, inspirado por la misma Vénus, se levantaba

cosa de dos palmos del pavimento, un torneado pié trabajado con exquisito gusto, sobre el cual descansaba un mullido asiento en forma de taburete, que merced á un resorte que tenia en el centro, giraba hácia todas partes, para que la jóven pudiese estudiar la actitud que mas noble creyese al sentarse.

A este asiento se le podia añadir al instante respaldo y brazos, pero esto solo acontecia cuando la hermosa jóven, huyendo del bullicio de la sociedad se encerraba en aquel sagrado *tocador* y se entregaba á sus melancólicas reflexiones.

A una altura conveniente y á los lados del espejo de entrada se veian abiertas varias claraboyas para que comunicasen de dia la conveniente luz á aquel recinto, y en el espesor que mediaba entre el cristal y la persiana se ostentaban algunas macetas de porcelana, simétricamente colocadas, que contenian exquisitas flores del mas regalado aroma.

Soledad penetraba en este templo de las gracias y del adorno, mas por acatar el de-

seo de su protector D. Felipe, que se complacia en verla engalanada y deslumbrante, que porque su espíritu apreciase los perfumes y las galas.

Pero su favorecedor, aquel hombre que no perdía ocasión de manifestar el alto aprecio, tanto á ella como á D. Félix, había creído sorprender su deseo proporcionándole cuanto juzgó estimable á los ojos de una hermosa jóven, y no podía ella prescindir de adornarse, porque no atribuyese á desaire lo que era falta de presunción y de anhelo por brillar.

La gratitud, pues, hacia que Soledad mintiese afecto á los afeites, cuando su alma se inclinaba al retiro y á la contemplación.

Parecíale un horrible sarcasmo presentarse de blanco, cuando su corazón estaba cubierto de luto y de tristeza....!

Pero era mujer; y la mujer es capaz de la más terrible abnegación.

Es agradecida, y á la gratitud es capaz de sacrificar su tranquilidad, su bienestar, y si es preciso, hasta la vida.

Soledad concurría á los conciertos, como Isaac marchaba al sacrificio; por obediencia.

Amaba; y el que ama, es un enfermo á quien el bullicio atormenta y mata.

Soledad se cubrió con una elegante mantelita; consultó con el tocador tristemente su adorno y su vestido; abrió con suave impulso el "Nichó de Vénus;" conocía perfectamente que el *buen tono* exige que las personas bien educadas usen de las esencias propias del sitio á que van á concurrir.

Sabia, por lo mismo, que para asistir al teatro era preciso usar de los espíritus más sentidos para librarse de esta manera del tufo de los quinqués, y de la cargazón de la atmósfera por los hálitos de una numerosa concurrencia. Estaba persuadida, así mismo, de que para un baile, lo más propio era un olor ligero y agradable que solo pudiera percibirlo la persona que se hallase inmediata; y que para un concierto particular, nada había más conveniente y en armonía con el *buen tono*, que algunas gotas de agua de Lavanda ó de Colonia, vertidas en el pañuelo.

Segura de esta verdad, destapó uno de los brillantes pomos que adornaban su precioso nicho, sacó un finísimo pañuelo blanco, primorosamente bordado, y vertió en él unas cuantas gotas de agua de Lavanda, por ser la que mas le agradaba á su protector D. Felipe.

Desempeñada esta operacion, se dirigió al estante; quitó algunos libros para sacar del fondo una cajita de concha, que abrió con mano convulsa; sacó de ella el retrato de un elegante jóven; lo miró un breve rato con apasionados ojos, exhaló un profundo suspiro y vertió algunas lágrimas sobre él, que brotaron del corazon.

Era el retrato de Nuñez que le traia á la memoria los momentos mas bellos de la vida; aquella época en que el amor lo embehece todo y todo lo poetiza.

Para el que ama, la efigie del objeto amado es el bien supremo de la tierra; el mudo y fiel depositario de sus afectos; el compasivo amigo que en la ausencia nos habla á todas horas del sér que idolatramos, y cuyos juramentos nos repite constantemente.

Soledad amaba, y amaba con esa pasion íntima, dulce, invariable, con que ama la mujer. Ciertamente contemplaba, lejos de repetirle las promesas de fidelidad y de constancia de su amante, le denunciaba su traicion, su abandono y su ingratitud; pero aquella traicion, aquel abandono y aquella ingratitud, venian de una persona que idolatraba, á pesar de su infidelidad; de una persona que habia vertido en su alma el primer sentimiento amoroso que la inundó de felicidad, y este sentimiento ejercia tal influencia en su pecho, que solo tenia compasion y benevolencia para quien tan altamente le habia, en su concepto, ofendido.

—¡Oh! ¡todo te lo perdono! — exclamó contemplando el retrato:—mis tormentos, mis dolores, el desencanto de mi alma.... mi tristeza.... mis lágrimas.... todo, todo acepto gustosa en cambio de tu felicidad...! ¡Mi amor es inmensamente mayor que tu ingratitud....! ¡mi memoria, superior á tu olvido.... y mayor que tus desprecios mi indulgencia....!

Y la jóven, viendo que ya era hora de partir, estrechó contra su corazon el retrato; fijó sus hermosos ojos en él por la última vez. . . . lo bañó con su llanto, lo volvió á colocar dentro de la cajita, y despues de poner ésta en el fondo del estante, cubriéndola con los libros, salió de la estancia y se dirijió adonde le estaban ya esperando D. Felipe y Félix, para marchar al concierto.

## CAPITULO VI.

### El Concierto.

Era un espacioso y magnífico salon, perfectamente iluminado, en una de las casas mas notables por su arquitectura y bellas proporciones que se ostentan en la régia calle del Empedradillo.

Una numerosa y selecta concurrencia de ambos sexos, ocupaba la mayor parte de los ricos asientos que estaban perfectamente distribuidos en aquel recinto.

Un excelente piano de cola inglés, de siete octavas de extension, de pulsacion suave, y de un teclado sumamente igual, se veia abierto en medio de la pieza.